

## FRANCIA, INGLATERRA Y EL MERCADO COMUN

Parece evidente que en el estado de cosas a que se ha llegado en algo tan importante, sobre todo para Europa, como las relaciones internacionales acaso hayan entrado en juego más factores que los que saltan a la vista sin la menor dificultad. Situaciones de la naturaleza de esas que surgen a causa de diferencias como las que separan, desde hace años, a la Gran Bretaña de Francia—un poco de la Europa continental en su totalidad también—muy de actualidad, o por lo menos muy a la vista desde que empezaron a tener realidad ciertas corrientes de aproximación y colaboración estimuladas y acuciadas por los Estados Unidos, de las que fue nota llamativa la creación de la C. E. C. A. (Comunidad Europea del Carbón y el Acero), suelen cobijar a la vez que fomentar motivaciones y propósitos susceptibles por lo menos de prestar ayuda poderosa a la formación de estados de ánimo de muy especiales características. Cualquier cuestión o diferencia, por mucha y grande que fuese su importancia material—comercial, financiera, económica—acabaría posiblemente entrando por cauces de resolución o adaptación a una situación determinada, y quizá con relativa facilidad, de no ser por la acción o influencia de otras consideraciones que acaso tengan directamente poco o nada que ver con todo ello.

Ahora que la cuestión de las diferencias—antagonismos ya—francobritánicas en torno a la Comunidad Económica Europea se ha agravado y complicado por causa de la devaluación de la libra esterlina y, mes y medio más tarde, el anuncio del presidente Johnson sobre las medidas adoptadas o en perspectiva para la defensa del dólar, resulta más fácil todavía perder de vista lo que se pudiese considerar o clasificar como factores secundarios solo porque, en realidad, habían podido surgir sin relación aparente alguna con la cuestión principal. Con lo que ha de resultar más fácil aún el desarrollo de una acción, de una actividad que, cualesquiera que pudiesen haber sido las

intenciones o los propósitos originales, lleva dentro de sí, ciertamente, posibilidades serias de crear nuevas y más graves complicaciones.

Cuando se dice o se pregunta si, en realidad, «Francia ha estado jugando sucio durante los días frenéticos de la crisis de la libra», como se ha hecho, con esas mismas palabras, aunque mucho más a guisa de interrogación que de acusación—sabiendo, sin duda, que a menudo la interrogación es sólo una forma discreta de acusación—en una larga crónica del corresponsal económico europeo de *The Times*, de Londres, David Spanier, ¿se buscará en realidad otra cosa que la creación o vigoroso desarrollo de un ambiente favorable a una posición determinada y, por eso mismo, contrario a otra?

Las consideraciones e inquietudes que pueden surgir de semejante intento por buscar—encontrar quizá—alguna relación entre cosas o situaciones aparentemente inconexas aumentan y se acentúan cuando se piensa, por ejemplo, en la tormenta emocional que se ha desatado en torno a la famosa definición que el general De Gaulle hizo, en su conferencia de prensa del pasado noviembre, del pueblo de Israel como «un pueblo escogido, seguro de sí mismo, dominador», para de pronto, inesperadamente y con una amplitud de dimensiones universales, producir la impresión de que De Gaulle se halla colocado nada menos que al frente de una general ofensiva antisionista.

Joel Blocker, director de la corresponsalía de *Newsweek*, importante semanario norteamericano, en París, resumió con indudable destreza y mucha fuerza la actitud—la fe—de lo que, por causa del «antisemitismo» del general De Gaulle, se ha convertido en un movimiento anti De Gaulle y, sin duda, anti Francia también, de gran violencia pasional y cuya verdadera fuerza está en los Estados Unidos, donde también está en desarrollo una activa campaña de «boicot» de productos franceses de todas clases y orientada igualmente en el sentido de negar a Francia la presencia este año de turistas norteamericanos, con lo que se ha podido reforzar y hasta justificar, en cierto modo, la decisión posterior del presidente Johnson de imponer serias y extendidas limitaciones a la tradicional corriente turística norteamericana.

Joel Blocker ha querido dar una fuerza especial a su argumentación al advertir que había tomado la pluma para atacar a De Gaulle al escribir cómo el «invitado» de Francia que ha «disfrutado de su hospitalidad durante tres años y acabado por admirar y respetar su gran humanidad y tolerancia», «como el amigo de Israel», «donde también vivió durante otros tres años», y, por supuesto, en su propio nombre, no en el de la publicación que repre-

sesta en París. Para añadir: «Escribo, finalmente, y lo más importante, como judío».

Escribió en esta ocasión para acusar a De Gaulle de haber desenvainado, durante «una brillante exhibición teatral de veinte minutos», el «antisemitismo como arma política en Francia por vez primera en sesenta años». Y después de resumir muy brevemente, en una docena de líneas, el contenido «antisemita» de esta declaración, en la que se acusó también al pueblo judío de haber «provocado» o más exactamente despertado la mala voluntad en ciertos países y en ciertas ocasiones, como se le acusó, es más, de tener ahora «una ferviente ambición de conquista» y de ser un «pueblo guerrero» en su propia tierra, Joel Blocker afirma, con toda solemnidad:

«Que no haya la menor duda: este es el lenguaje tradicional del antisemitismo europeo, no de la calle, sino de los intelectuales, pero no menos pernicioso por ello». Y para que la acusación haga verdadero efecto en un mundo que guarda todavía, es de suponer, algún recuerdo, incómodo en el mejor de los casos, de un pasado bastante reciente aún, pasa sin pérdida de tiempo a llamar la atención sobre algo de mucha mayor importancia: la forma en que lo dicho por De Gaulle en esa conferencia de prensa «recuerda y repite la terminología de escritores franceses tan universalmente desacreditados como Joseph Arthur de Gobineau, Edouard Drumont y Charles Maurras. Y al invocar sus cadencias siniestras—añade—el general De Gaulle carga con una pesada responsabilidad por haber puesto otra vez en circulación semejante lenguaje y haberle dado sanción oficial. Intencionadamente o no, ha dado suelta en Francia a los sabuesos del antisemitismo».

¿Qué tiene que ver esto con la posición de Francia—del general De Gaulle—frente a la decisión aparente de la Gran Bretaña de entrar en la C. E. E. y, más aún, frente a la oposición y resentimiento creciente, oficial en cualquier caso, aun cuando no siempre—quizá casi nunca fuera del ámbito de reducidos grupos de intereses minoritarios—popular o nacional que se ha venido adoptando en los Estados Unidos, muy especialmente desde los días de John F. Kennedy en la Casa Blanca, a causa de la actitud del general De Gaulle frente a la posición que los Estados Unidos ocupan en Europa?

\* \* \*

Acaso fuese de algún interés, antes de volver la atención de lleno al tema central de este trabajo, detenerse un poco más, para detectar lo que

podiera haber de ilógico, de artificial y, en consecuencia, buscado quizá con deliberación y con alguna finalidad especial, en esta manifestación violenta y, sin duda, muy estudiada de la resolución con que se saca a la superficie y ataca el «antisemitismo» del general De Gaulle. No se advierte nada que haga pensar siquiera en que se ha hecho esfuerzo alguno por dar cierto carácter de objetividad histórica a lo que, parece evidente, debería llamar, por lo menos, la atención en vista de la total ausencia de actitudes o expresiones en el pasado del general De Gaulle, un pasado que representa quizá la mayor parte de su vida y posiblemente casi la totalidad también, susceptibles de tener alguna identificación o parentesco con el antisemitismo. No parece haberse pensado en lo extraño que sería el intento de armonizar una posición tan clara, tan inconfundiblemente antisionista con la presencia a la cabecera de los ministros de un hombre que llegó a ser figura principal de la Banca Rothschild, de París, de conocida ascendencia judía y alguno de cuyos directores tomó parte muy activa en la conferencia de docenas de millonarios judíos celebrada en Jerusalén, para preparar y organizar proyectos de ayuda y financiación de actividades de desarrollo económico, mucho más necesarios después que antes de la guerra del pasado junio. Y menos aún con la larga y fecunda colaboración con él de personas como Michel Debré, durante años primer ministro de la V República y más tarde ministro de Hacienda y Economía, cargo que sigue desempeñando, a pesar de ser, ya se sabe, nieto de un gran rabino de Francia.

Pero si esto es pura casualidad, quizá hasta oportunismo puro, ¿no sería de ningún provecho pensar, por ejemplo, en el paso dado por De Gaulle para la restauración de los derechos de ciudadanía francesa de los judíos en las posesiones o protectorados del Norte de Africa, lo que no hubiera sido posible si una decisión semejante hubiese sido adoptada por quienes le precedieron en el ejercicio de la autoridad que finalmente pasó a sus manos, el almirante Darlan y el general Giraud, ambos tan bien vistos en su día por los Estados Unidos, la gran potencia que ha sido descrita con frecuencia o acusada de estar decididamente bajo la influencia cuando no la dominación de una minoría de sus habitantes, muy reducida en cuanto al número, pero sumamente importante por su posición financiera? Y en el caso de que todo esto fuese circunstancial nada más, contingencia pura en el desarrollo de la vida y relaciones, nacionales o internacionales, ¿no podría llamar la atención el hecho o la tendencia actual a criticar a De Gaulle como antisemita y algo más —lo que viene en definitiva a reforzar y fortalecer esa nueva posición que se

le asigna—a insinuar por lo menos contactos, aunque sean espirituales, o semejanzas, en particular ahora que es un anciano, con personalidades de notorias inclinaciones antisemitas, con el propio mariscal Petain?

En cuyo caso podría ser cosa de preguntar por qué se ha podido producir una sensación de escándalo, hasta el punto de reclamarse ya el establecimiento de un «boicot» para las importaciones en los Estados Unidos de productos de procedencia francesa—nada se ha dicho hasta el momento de tomar medidas para reducir y eliminar, a ser posible, las exportaciones norteamericanas a Francia, que hacen subir a unos 1.000 millones de dólares el saldo comercial franco-norteamericano, favorable a los Estados Unidos—, cuando decisiones tan concretas como las adoptadas contra los judíos por el mariscal Petain en los días en que se encontraba al frente del régimen de Vichy no dieron motivo al menor movimiento de protesta oficial norteamericano y no fueron causa alguna, evidentemente, de entorpecimiento o dificultad aparente en unas relaciones diplomáticas que se mantuvieron hasta el momento mismo de empezar la gran operación de desembarco de fuerzas norteamericanas en el Norte africano.

Y si—esto sí que tiene importancia—circunstancias especiales aconsejaban no proceder entonces de manera distinta a como se hizo, acaso también circunstancias especiales pudiesen aconsejar el actuar ahora en la forma en que se viene haciendo, hasta buscar y encontrar motivos y justificaciones para lo que Francia está haciendo, bajo la dirección del general De Gaulle, con la Gran Bretaña y, sobre todo, con los Estados Unidos. Algo que demuestre de manera inconfundible que no se trata sencilla y únicamente de sostener, defender y mejorar la posición de Francia, tanto de fronteras adentro como en lo concerniente a sus relaciones internacionales: que lleve, en fin, al convencimiento general y apasionado que sólo la circunstancia desafortunada de tener al frente a un hombre cargado de prejuicios y de atavismos ha podido ser la causa fundamental de que Francia se encuentre ahora en una posición tremendamente vulnerable. Por ser tan fácilmente demostrable, sin duda, que sólo el apasionamiento, la obcecación y la senectud—los que atacan prefieren hablar de senilismo—, condiciones buenas para fomentar el odio más bien que la amistad, la mezquindad mucho mejor que la generosidad, han podido conducir al país en la situación en que se encuentra.

\* \* \*

Cuando se llega a una situación como esta de ahora, a la que la devaluación de la libra primero y las medidas norteamericanas para la protección del dólar a continuación han dado una mayor y más grave significación—acaso hasta el punto de empezar a crear la impresión de que una crisis de alarmantes dimensiones pudiera ser al fin inevitable—que todo lo que pudiera ser consecuencia de la aparente actitud de irreconciliable oposición francesa, de la Francia del general De Gaulle, preciso es tenerlo en cuenta, a la entrada de Inglaterra en el Mercado Común Europeo, resulta relativamente fácil perder de vista las causas verdaderas de una situación determinada, la que sea. Con lo que se llega, por otro lado, a una misma o parecida conclusión: el efecto y la influencia de factores de apariencia extraña, pero con la virtud o propiedad de crear grandes, a veces tremendas, complicaciones para situaciones que de otro modo siempre se podría esperar que estuviesen sujetas a factores susceptibles de análisis y planteamientos razonables y, en definitiva, de comprensión, cuando no de solución, de los problemas pendientes.

Hasta cuando se quiere, en un intento, sin duda sincero, de encontrar una salida razonable para situaciones como la planteada por ese corresponsal de *The Times* con la pregunta mencionada anteriormente, sobre ese posible «juego sucio» en relación con la depreciación de libra, ser o parecer razonable es posible abrir paso a la impresión de que ni siquiera con buena voluntad se podría remediar, paliar acaso, el estrago resultante de insinuaciones y ataques que han acabado por poner una intención malsana, odiosamente malsana, en todo lo que al fin se dice y se hace. David Spanier ha advertido, por supuesto, que se ha hablado en hipótesis o sobre temas puramente especulativos para rechazar de plano acusaciones que habrían de ser siempre muy graves y que podrían ser sencillamente monstruosas de no estar asentadas sobre hechos que además de resultar irrefutables habrían de tener fácil demostración y comprobación. «Se ha convertido—dice—en casi un reflejo del inglés el ver «complots» franceses detrás de cada desgracia en las relaciones internacionales. Hubiera sido más justo decir que Francia ha estado haciendo su propio juego..., como el presidente De Gaulle se cuida en general de que lo haga».

Si se hubiese conseguido hacer que prevaleciese una apreciación, así tal vez resultase fácil comprender la posición del general De Gaulle frente a Inglaterra, frente a los Estados Unidos y, por supuesto, frente a Israel. Porque, cualquiera que sea, en definitiva, la explicación o la justificación de una política, que en situaciones como la que se ha dado por el Oriente Medio supone un cambio radical, sensacional, en comparación con lo que podría haberse

considerado como la política tradicional de Francia en sus relaciones con Israel, que culminó en la intervención armada francobritánica en la zona de Suez, en 1956—en la creación también de una poderosa aviación militar israelí—, es un hecho de apariencia irrefutable que lo que De Gaulle ha venido haciendo en relación con el Oriente Medio ha tenido como gran objetivo el fortalecer, mejorar y agrandar la posición de Francia. No debería pasarse por alto algo tan llamativo como las explosiones de admiración popular y los grandes elogios que de Francia y el general De Gaulle se han venido haciendo en la Prensa y en la calle por el Oriente Medio, en ciudades como El Cairo, la capital de un país que poco más de dos lustros antes se encontraba luchando no sólo con las fuerzas de Israel, lanzadas por sorpresa a la ofensiva, sino con las fuerzas expedicionarias de Inglaterra y de Francia también. Y cuando en fecha mucho más reciente todavía se pudo contemplar a las fuerzas legionarias francesas—esta vez de la Francia del general De Gaulle—abriendo fuego contra las multitudes musulmanas en la capital de la Somalia francesa, para hacerlas una veintena de muertes en un solo día.

Algo de mucha importancia había sucedido, sin duda, para que en una situación como esa a que se había llegado por el Oriente Medio se hablase en términos rebosantes de admiración de la amistad del general De Gaulle hacia el mundo árabe y de la necesidad de reconocer que todavía «hay hombres de principios, hombres de valor por el Occidente».

Para encontrarse, en actitud de asombro—y estado de ánimo predispuesto en general a la condena, por tratarse de acciones y maniobras animadas por el sentimiento maligno de hacer daño en la peor de las circunstancias posibles, que es cuando aquello a lo que se produce o quiere producir perjuicio está en posición de notoria debilidad, incapacitado para una defensa eficaz—con que Francia ha conseguido un prometedor contrato para la explotación de posibles yacimientos de petróleo en el Iraq y con la visita a París del presidente de Siria, un país en el que la influencia francesa se ha dejado sentir durante largos años. Y también, semanas después, el del Irak.

En la Gran Bretaña se ha hecho tradición aquella frase famosa en torno a una nación que no tiene amistades permanentes, sólo intereses permanentes, como buena, adecuada definición de una política que por causa de un dilatado y por lo general muy eficaz desarrollo pudo achacar al oportunismo insinuaciones un tanto peyorativas. ¿Por qué lo que resulta aceptable—digno a menudo de elogio y de imitación—para unos no lo ha de ser también para los demás?

Y en los Estados Unidos, el país que llegó a hacer tal demostración de apego al oro que para la conservación y seguridad de lo que llegaba, en otro tiempo en riadas de casi todas las capitales del mundo se creó un fuerte con tales propiedades espectaculares que se podría tener la seguridad que cualquier intento de asalto llevase fatal e inmediatamente a la muerte de los asaltantes en perspectiva, acabó siendo insoportable la actitud del general De Gaulle. Por el afecto, el aprecio, la admiración que llegó a sentir por el oro, ese metal que, como dijo en otra de sus relativamente raras, pero siempre memorables conferencias de Prensa (la de febrero de 1965), «nunca cambia, que puede ser formado en lingotes, barras, monedas, que no tiene nacionalidad y que es eterna y universalmente aceptable como el inalterable valor fiduciario por excelencia».

¿Qué tiene de malo este sentimiento de admiración cuando los Estados Unidos han dado lugar a que se tenga la impresión de que están dispuestos a enemistarse de manera permanente e irreconciliable con todo el que haga algo que tenga como consecuencia, por indirecta que pudiese ser, el producir alguna merma sensible en las todavía fantásticamente altas reservas de oro guardadas en Fort Knox?

\* \* \*

Por causa del oro y de otras cosas las relaciones entre Washington y París han evolucionado de manera sorprendente en los últimos años. Para llegar al punto en que, como dice otro conocido corresponsal europeo—Louis Heren, de *The Times*, de Londres—, cuando la sociedad oficial de Washington se separa después de la cena y los hombres se reúnen en torno de la mesa donde están el café, el coñac y los habanos, para charlar, «la afabilidad, el postre final de una buena cena, desaparece cuando hasta los enemigos políticos coinciden en la expresión de odio hacia el general De Gaulle». Se ha llegado al punto en que el «presidente de Francia es demasiado para el humor de la Norteamérica oficial. Se estaría más seguro haciendo la defensa de la memoria de Stalin».

No se piensa, cuando se ha llegado a una situación como ésta, en la política sistemática de oposición a que Francia llegase a convertirse en una potencia nuclear—por decisión no del general De Gaulle, como se ha podido creer, sino del Gobierno presidido por un socialista y con otro socialista en Asuntos Exteriores, el mismo que se encontró con la sorpresa de que los Estados Unidos coincidiera con la Unión Soviética en la condena, es más,



en la imposición de la retirada, de la actitud de Francia y la Gran Bretaña de llevar tropas de desembarco a la zona del canal de Suez, en octubre de 1956—a tiempo que se estaba ayudando a otra potencia aliada a desarrollar su propia capacidad nuclear, prestándole asistencia y poniendo a su alcance experiencias que hacían más barato, por lo menos, el proceso. Se llegó incluso a proclamar más bien que insinuar que no se podía actuar con Francia en la forma en que se actuaba con Inglaterra para estas cosas por estar en juego secretos de Estado, cuya revelación prohibía la legislación norteamericana y porque, en definitiva, en los Estados Unidos se había llegado a la conclusión de que si bien se podía confiar en Inglaterra, no por eso se había de llegar a la conclusión de que también se podrían confiar en Francia. Todo el mundo sabía que el comunismo había llegado a ocupar altas posiciones en la Francia oficial, incluso y sobre todo en la Francia ansiosa de contar con sus propios medios de aprovechamiento de la energía atómica. Aunque, en verdad, no todo el mundo tuviese interés en saber o recordar que las mayores y más sensacionales revelaciones sobre el alcance y penetración del espionaje atómico soviético tuvieron por escenario el Canadá, donde estuvo el principal centro de la colaboración inicial anglonorteamericana en la investigación atómica con posibles fines militares, los Estados Unidos y la misma Gran Bretaña y por grandes protagonistas a norteamericanos e ingleses de nacimiento o adopción.

Lo cual podría, en esto como en tantas cosas, ser motivo, insinuación siquiera, de que podía haber algo más que el temor a las indiscreciones de Francia para adoptar una política de resistencia total a permitirle que pudiese convertirse en una potencia nuclear. Para acabar desembocando en la actitud un poco extraña e impaciente—que no parece irle bien a un carácter que movió al desaparecido presidente Kennedy a hablar de él como un Buda—del secretario de Estado, Dean Rusk, al negar categóricamente, en una conferencia de Prensa, que Francia fuese una potencia nuclear. Cuando no sólo se habían efectuado ya varias pruebas con bombas atómicas, se contaba con vastos establecimientos nucleares y aviones *Mirage*, capaces de transportar bombas atómicas a considerables distancias—especialmente con la posibilidad de repostar en el aire, gracias a la intervención de aviones especiales que los Estados Unidos generosamente le habían vendido—, así como de submarinos atómicos en construcción, de proyectiles balísticos en estado avanzado de desarrollo y, en fin, de instalaciones bajo tierra para guardar y disparar los proyectiles en cualquier dirección que fuese necesaria y no exclusivamente en

la dirección hacia donde se podría esperar hacer blanco en objetivos comunistas, porque ya resulta imposible y menos aún aconsejable dar una sola orientación tanto a la política exterior como a la estrategia de Francia, lo que bien se desprende de un reciente artículo del general Ailleret, jefe del Estado Mayor francés, aparecido en una revista que es oficiosa, en el caso de no ser oficial.

En Francia, como en cualquier otra parte, ha habido cambios. Grandes cambios, sin duda. Porque, ¿a qué otra conclusión podría llegarse, con tantas cosas a la vista, si de pronto se encontrase uno con aquella afirmación de André Malraux, todavía ministro de la V República, en sentido de advertencia, por supuesto, de que llegaría el día en que «en Francia quedarán sólo los comunistas y nosotros», es decir, los gaullistas?

\* \* \*

En el estado de cosas a que se ha llegado, en los Estados Unidos parece difícil ya encontrar algo, por lo menos en el ambiente oficial, que mueva tanto a la resistencia y la repugnancia como Francia y todo lo que con Francia tenga alguna relación. Antes de que se anunciase la adopción de medidas enérgicas para la defensa del dólar ya el senador George Smathers, de la Florida, demócrata, y una de las primeras figuras de la Comisión de Hacienda —también, y por eso mismo, una de las más importantes de la cámara alta—, estaba reclamando la fijación de un impuesto especial de 250 dólares—17.500 pesetas—para todo ciudadano de los Estados Unidos que se atreviese a visitar Francia. «No tiene sentido—observó—que nuestros ciudadanos lleven dólares a Francia para aumentar simplemente el atesoramiento de De Gaulle de divisas norteamericanas y cambiarlas por oro cuando cree que puede colarnos en situación embarazosa».

Durante días y días la Cámara de Representantes de Washington fue escenario de un torneo singular: una especie de pugna entre muchos de sus miembros por ver quien atacaba con mayor dureza y eficacia al general De Gaulle y, con ello, a Francia. A la Francia con la cual, bien que mal, se habían mantenido a lo largo de la historia independiente de los Estados Unidos buenas y con frecuencia excelentes relaciones, en particular en los momentos, que solían darse todos los años, de recordar el papel que en la guerra de la independencia de los Estados Unidos había jugado un francés insigne, Marie Joseph Paul Yves Roch Gilbert Motier, marqués de Lafayette, general y gran patriota, francés no menos que norteamericano, en este caso por los

grandes servicios prestados en el *Revolutionary Army*, que dirigió el general George Washington. Una costumbre que se quebró el año pasado, cuando en documentos y declaraciones oficiales alusivas al acontecimiento histórico que se conmemora anualmente el 4 de julio no figuró para nada el nombre de Lafayette.

La omisión por un lado tuvo contraste llamativo por el otro en las acusaciones que se hicieron del hombre que no parecía acordarse de que Francia, como recordó el representante Lester L. Wolff, demócrata, de Nueva York, debía a los Estados Unidos 6.800 millones de dólares desde los días de la primera guerra mundial, una deuda por la que los Estados Unidos debían reclamar satisfacción. El representante L. Mendel Rivers, también demócrata, presidente de la Comisión de Servicios Armados, describió a De Gaulle como «el hombre más ingrato desde que Judas Iscariote traicionó a Jesucristo». Y Armistead I. Selden Jr., otro demócrata y miembro principal de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes, acusó a De Gaulle de «hostilidad implacable hacia los Estados Unidos, obstruccionismo en los asuntos del Atlántico y europeos y fomento cínico de la desconfianza entre vecinos y la inestabilidad en el exterior cuando el interés parece quedar así mejor servido». Un demócrata más, Roman Pucinski, de Illinois, dijo que De Gaulle es un «enfermo» que cree que «puede caminar sobre las aguas», para añadir, con lo que casi producía la sensación de una ingenuidad asombrosa: «Pero yo no creo que pueda hacerlo».

Un par de semanas después, otra figura senatorial y demócrata de primera fila, Henry M. Jackson, del Estado de Washington, miembro de la Comisión de Servicios Armados, llamaba a De Gaulle en una reunión de la Cámara de Comercio de Mount Vernon, un «individuo senil», a quien los Estados Unidos no podrían tolerar mucho tiempo. Porque, en definitiva, «resulta difícil hacer alguna distinción entre su actitud y la conducta de un enemigo mortal de (los Estados Unidos)». Al hacer todo lo que podía «por arruinar a los Estados Unidos financieramente», el general De Gaulle hacía también el juego de Moscú y mucho mejor que todo lo que los rusos pudiesen hacer. «Nuestro sentido de la tolerancia ha llegado con este hombre al punto de la ruptura», que fue la razón que le movió a recomendar al Gobierno que retirase a su embajador en París—contrariamente a lo normal, que es el anunciar el nombramiento de un nuevo embajador cuando otro termina; Charles E. Bohlen dejó de ser embajador de los Estados Unidos en París para ser destinado al Departamento de Estado sin que se pusiese en evidencia la

menor prisa por anunciar el nombramiento del sucesor, con lo que se producía una situación que de prolongarse mucho equivaldría, sencillamente, a una retirada táctica, en acto de disgusto, de la máxima representación diplomática—para dejar a los Estados Unidos representados en Francia sólo por un encargado de negocios. No otra cosa merecía el país que estaba en manos de un hombre cuyas acciones contra los Estados Unidos habían sido «ruines, premeditadas, deliberadas y calculadas», y salidas, además, de un «odio profundo hacia los pueblos anglosajones».

El senador Jackson añadió: «Me atrevo a predecir que nuestro Gobierno tomará alguna clase de contramedidas para hacer frente a la situación (creada por) De Gaulle, que no puedo creer que represente el punto de vista de la mayoría del pueblo francés». Porque, dijo, no hay duda que el general De Gaulle «trata tanto a los Estados Unidos como a Inglaterra como si fuesen prácticamente enemigos».

«Esta es la primera vez que hablo contra De Gaulle, pero la situación se ha hecho intolerable y se ha de hacer algo».

\* \* \*

Por unas razones o por otras—por más razones que una a la vez—se ha llegado a una situación que tiene mucho de intolerable, sin duda. Y que está llamada a dejar de su paso por el panorama de las relaciones internacionales y acaso de manera muy especial por las relaciones intereuropeas, huellas profundas. Tal vez indelebles.

¿Cómo ha sido posible llegar a una situación así? En parte por lo menos—una gran parte, sin duda—por la actitud del general De Gaulle frente a la actitud británica en relación con el proyecto de creación de la Comunidad Económica Europea, una actitud cuyos antecedentes inmediatos están en la negativa a formar parte de la C. E. C. A., a tener con cualquier clase de proyecto de unidad y colaboración europea más relación que la muy floja, muy vaga, muy elástica del Consejo de Europa o, a lo sumo, de la Unión Europea Occidental, que había caído enteramente en el olvido para ser reanimada más tarde, en circunstancias especiales, por iniciativa de Anthony Eden—todavía no había llegado a ser Lord Avon—, cuando Pierre Mendes-France (otro judío francés que colaboró larga y activamente con De Gaulle y por quien pareció éste sentir una verdadera admiración) echó abajo la Comunidad Defensiva Europea, producto laborioso de la presión norteamericana, como en realidad lo fue también la C. E. C. A. un poco antes y lo fue algo más

tarde la C. E. E. Un poco con la ayuda del propio general De Gaulle, que había trabajado intensamente contra aquel proyecto con el cual estaba tan encariñado John Foster Dulles, que acabó amenazando a Francia con *agonizing reappraisals* para el caso de que, por culpa suya, la C. D. E. no saliese adelante cuando ya había sido firmado el tratado de creación y había sido, es más, ratificado por todos los Parlamentos de los países llamados a ser sus miembros, con la sola excepción de la Asamblea Nacional francesa.

La crisis—apenas se podría utilizar otra palabra que definiese con la misma precisión el estado de cosas a que se ha llegado—de las relaciones internacionales, y en particular intereuropeas viene a estallar en un momento crítico: a corta distancia, de meses nada más, de la terminación del período de formación de la C. E. E., el 30 de junio próximo, a partir de cuya fecha deben desaparecer totalmente los derechos aduaneros para la actividad comercial por el interior del Mercado Común y empezar, por supuesto, a progresar con mayor rapidez que hasta ahora el iniciado proceso de integración económica, que es una de sus características previstas más importantes. Esto hace pensar a la vez en la imposibilidad práctica de que se pudiese producir alguna alteración fundamental en la tarea de continuar adelante de acuerdo con la letra y el espíritu del Tratado de Roma y en las consecuencias graves, tal vez catastróficas, que pudiesen salir de una ruptura improbable, pero no imposible, de los cinco—la Alemania Occidental, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo—con el uno—Francia—en el caso de llegarse a la conclusión de considerar como absolutamente inaceptable el veto reiterado del general De Gaulle al propósito o la decisión de la Gran Bretaña de ser admitida en la C. E. E. con todos los derechos y todos los privilegios del socio fundador.

Y quizá sin todos los deberes, puesto que resulta difícil, cuando no imposible, tener la seguridad de que la Gran Bretaña, una vez dentro de la C. E. E., no intentase conseguir algo por lo menos de lo que, por no haberlo alcanzado oportunamente, esencialmente por culpa de Francia, le movió a situarse fuera de las negociaciones que culminaron en la preparación, firma y ratificación del Tratado de Roma. Y, en definitiva, en lo que está ahora acercándose, hasta tenerla encima, a la fecha en que la unión aduanera, una de sus importantes tareas, sea ya realidad completa. En su última conferencia de Prensa, el general De Gaulle dijo:

«La entrada de Inglaterra en el Mercado Común hace que en todas partes surjan esperanzas idealmente muy justificadas. Pero la cuestión está en si esto se puede hacer sin rasgar, romper lo que ya existe.

Inglaterra, con una insistencia realmente extraordinaria que encuentra alguna explicación quizá en recientes acontecimientos monetarios (la devaluación de la libra, por ejemplo), ha propuesto abrir sin demora las negociaciones con los Seis y ha declarado que aceptará todas las provisiones y regulaciones que gobiernan la comunidad. Esto es un poco contradictorio, con la petición de negociaciones, porque si acepta las cláusulas por anticipado, ¿qué es lo que queda para negociar?»

De Gaulle añadió en esta ocasión que, en realidad, nos encontrábamos presenciando el acto quinto de un drama que podía resumirse así:

Acto 1, rechazar el Tratado de Roma.

Acto 2, expresión de la hostilidad fundamental de Inglaterra hacia la comunidad que empezó a formarse.

Acto 3, negociaciones durante año y medio, en Bruselas, orientadas en el sentido de hacer que la Comunidad se plegase ante las condiciones británicas, con la resistencia constante de Francia.

Acto 4, intento de Harold Wilson de reanimar el antiguo proyecto de Zona de Libre Comercio y establecer lazos de mayor intimidad con la Commonwealth.

Acto 5, introducción de una nueva candidatura.

Sin acudir apenas aquí, pero sin dejar de pensar en ello, por supuesto, a muchas cosas que han dado color y animación a una disputa con larga historia, acaso sea una necesidad limitar toda la atención, en el poco espacio que nos queda por delante, en la situación a que se ha llegado por causa de las discrepancias y de la pugna francobritánica en torno a la C. E. E. Porque se haría interminable—aunque tentadora también—la tendencia a ahondar en el tema, en busca de posibles motivos y causas de una actitud que en el general De Gaulle no es de hoy. «Cuando todo se ha dicho y hecho—se puede leer en el primer volumen de sus *Memorias de la guerra*—, Inglaterra es una isla; Francia, la capa de un continente; América (los Estados Unidos), otro mundo». Pasado el tiempo, en la conferencia de Prensa que anunció el primer veto del general De Gaulle a la tentativa o esfuerzo de Inglaterra por entrar en la C. E. E., en enero de 1963, De Gaulle, dijo: «Inglaterra es insular, marítima está ligada por su comercio, sus mercados, sus abastecimientos de víveres, a los países más diversos y a menudo más distantes. Ejercita una actividad esencialmente industrial y comercial y muy poco agrícola. Tiene en todos sus trabajos hábitos y tradiciones muy pronunciados, muy originales. En resumen, la naturaleza, la estructura, la tendencia económica que son propios

de Inglaterra difieren profundamente de las de otros continentes». En fin, en la alocución hecha aquel mismo mes y año ante un grupo de diputados, dijo el general De Gaulle: «Ciertos hechos son ineludibles: los intereses ingleses y europeos son diferentes; por ejemplo, la agricultura. Recuerdo que Churchill me dijo una vez: «Si Inglaterra llegase un día a tener que escoger entre Europa y el mar abierto, escogerá siempre el mar abierto». Pero él era franco. Tengo una sensación de melancolía al ver a Inglaterra moviéndose hacia los Estados Unidos, porque corre el riesgo... de comportarse como su viajante comercial». A veces, y sin nada más a la vista que el desarrollo de algo en realidad puramente accidental, como cuando se encontró a Harold Wilson en el momento de pronunciar el discurso del banquete al lord alcalde de Londres, unos días antes de la devaluación de la libra: «No hay futuro para Europa (o para la Gran Bretaña)—dijo—si permitimos a los negocios norteamericanos y a la industria norteamericana dominar de tal modo las industrial de Europa...», se puede tener la impresión o la sospecha tal vez de que nosotros, sean capaces de señalar el ritmo y la dirección del avance industrial de Europa...»; se puede tener la impresión o la sospecha tal vez de que en la Gran Bretaña se ha producido, se sigue produciendo, es más, un cambio de actitud francamente favorable a un acercamiento a la Europa continental. Pero eso pudiera ser una conclusión precipitada y de ninguna manera avalada por hechos de incuestionable autenticidad.

Es verdad que la Gran Bretaña podría hacer grandes, acaso inmensas, aportaciones a la Europa comunitaria. En particular en algo tan importante para este tiempo como el desarrollo tecnológico, con mucho mayores posibilidades cuanto más ancho fuese el campo de la aplicación práctica. Pero también es verdad que hasta ahora la Gran Bretaña no ha hecho la más leve indicación real de que está franca y realmente decidida a seguir en el futuro una orientación económica, comercial y política radicalmente distinta a lo que ha sido —parece continuar siendo—tradicional en la potencia que ha parecido no tener por la Europa continental mayor interés que el de un mercado esencial para sus productos y no haber puesto en su vida atención más importante que la justificada por el deseo o la necesidad de evitar todo lo que pudiese suponer algún peligro o amenaza para su propia y futura posición.

\* \* \*

Inglaterra—los Estados Unidos también—ha acusado a la C. E. E. en general, a Francia en particular, de persistir hasta la obsesión en tener la mirada clavada en limitados horizontes provincianos. Sin pensar tal vez que lo que se quería evitar, a toda costa, era la formación de un mercado económicamente integrado hasta el punto en que pudiese desembocar—habría de desembocar necesariamente—en otros aspectos de un mismo proceso de integración que difícilmente se podría interrumpir una vez en marcha. Por tener el convencimiento de que de ello acabarían saliendo perjuicios graves, quizá dislocadores, para su propia posición e influencia en el mundo.

Cualquiera que sea el mérito de las posiciones establecidas, primero en las negociaciones para la creación de la C. E. C. A., después para el intento de formación de la C. E. E., es un hecho histórico que ha habido grandes, hasta ahora irreconciliables, diferencias entre Inglaterra y Francia, la nación que ha representado la oposición al punto de vista inglés en grado superior a ninguno otro de los países que participaron en las negociaciones y que al fin se encontraron reunidos, primero en la C. E. C. A., después en la C. E. E. Y es también un hecho histórico que después de negarse a entrar en la C. E. C. A., a pesar de la insistencia norteamericana en que no dejase de hacerlo, la Gran Bretaña trató de evitar que la C. E. E. llegase a ser una realidad en la forma ardorosa y tenazmente sostenida por Francia y, en definitiva, por los miembros restantes de la Comunidad.

Ante la imposibilidad de ver aceptados sus puntos de vista, la Gran Bretaña se alejó de la C. E. E., en actitud malhumorada, como antes había hecho de la C. E. C. A. Para llegar pronto a la conclusión—tan pronto como se firmó y ratificó el Tratado de Roma, lo que acaso hubiese creído que jamás habría de ser posible—de que muy bien pudiera haber cometido un fallo grave. Porque si no le había sido posible desviar la atención del objetivo de la integración económica—incluso del objetivo de una unión aduanera para algo más que los productos industriales—, ¿no hubiera sido mejor haber aceptado lo que no hubiese manera posible de evitar y preparar de ese modo, con paciencia y método, el terreno para poder continuar, en el futuro, adelante con la labor que evitase lo que se tenía por inaceptable para el interés y acaso la posición misma de la Gran Bretaña?

Lo que ha sucedido desde la firma y puesta en marcha del Tratado de Roma puede ser aplaudido o condenado, pero lo que no resulta admisible es hacer de todo ello una presentación capaz de convertir a la Gran Bretaña en el más consecuente y leal de los defensores de una unidad europea que ahora



se dice ser la única garantía posible de la conservación de la independencia frente a la influencia y la invasión misma de la pujanza y la tecnología industrial norteamericana. Porque en contra está un testimonio tan decisivo como la crónica de los acontecimientos relacionados con la participación—al fin negativa a participar—de la Gran Bretaña en las conversaciones europeas en busca de colaboración y unidad ante la imposibilidad aparente de que fuesen aceptadas las condiciones británicas. Y todo lo que de alguna manera guarda con esto alguna relación, como las largas, difíciles, penosas a menudo, negociaciones encaminadas a desviar el interés de la C. E. E. en la integración económica y en la creación de un mercado común para la agricultura al igual que para la industria, hacia una zona de libre comercio primero y, finalmente, a la vista del fracaso del esfuerzo realizado por la delegación que presidió Reginald Maudling, para concentrar todo el esfuerzo en la formación de una Asociación Europea de Libre Comercio—E. F. T. A.—con el declarado propósito de crear unas condiciones que hiciesen necesario más bien que conveniente un cambio fuerte y decisivo en la actitud de la C. E. E. Con la E. F. T. A. se pensaba hacer una demostración práctica de que el camino que se debería seguir era el aconsejado por Inglaterra, no el impuesto por la obcecación de Francia.

De la entrada, al fin, en juego de un factor realmente agrio en la disputa pudo dar alguna idea la actitud del propio jefe del Gobierno británico, Harold Macmillan, en el último y desesperado esfuerzo por evitar, con la amenaza abierta de la guerra comercial, que del primer año de preparación y adaptación al comienzo del proceso de formación de la C. E. E., con nada más efectivo que una reducción inicial del 10 por 100 en los derechos de aduanas, que se hizo extensible a todos los países, no sólo a los miembros de la C. E. E., se pasase al comienzo de otras medidas destinadas a ir mucho más allá de la creación de una unión aduanera. Ante Francia se cernió la amenaza de que se le haría «caer de rodillas».

El general De Gaulle habló de la «precisión, sangre fría y firmeza» con que su ministro de Asuntos Exteriores, Maurice Couve de Murville, sostuvo la posición de Francia en las difíciles negociaciones que tuvieron por escenario la sala de reunión del Consejo de Ministros de la C. E. E., en Bruselas, al insistir la Gran Bretaña en mantener y, es más, reclamar atención urgente para su solicitud de ingreso en la C. E. E. Se había llegado a una situación de suma delicadeza, de tirantez incluso, no sólo en las relaciones entre Londres y París, sino, y en mayor o menor grado también, entre París y las capi-

tales de los países restantes de la C. E. E. Se había alcanzado la situación que movió a un hombre de negocios belga a exclamar, según testimonio de Hella Pick, en *The Guardian*: «No nos gustan los dictadores, y ése es el motivo de que estemos tan furiosos con el general De Gaulle por haber impedido que el Mercado Común negocie con la Gran Bretaña».

Couve de Murville recordó lo que había sucedido, la actitud de la Gran Bretaña cuando en 1958 intentó «ahogar» a la C. E. E. en vez de aprovechar la ocasión para influir en el sentido de hacer que prevaleciesen muchos de sus propios puntos de vista. Aquel intento de Inglaterra, observó el ministro de Asuntos Exteriores de Francia, tropezó con la resistencia de «Francia, sólo de Francia—tengo yo buenas razones personales para recordarlo—al asumir la responsabilidad de oponerse ante la preocupación anticipada de sus asociados».

¿Que Francia está excesivamente encariñada con esa idea de la integración económica en oposición a una asociación sostenida con lazos muy leves, muy poco consistentes, dedicada sólo a facilitar y fomentar el comercio de mercancías industriales, de muy especial interés para una potencia que había alcanzado un alto nivel de desarrollo industrial, tanto que ha acabado por adoptar una actitud de intransigencia absoluta? Pero ¿se podría esperar otra cosa cuando eso mismo es lo que se ha venido haciendo desde 1958, en que el Tratado de Roma empezó a entrar en vigor, para llegar al momento en que pudiera acariciarse la sospecha de que el peligro amenaza a una obra que en algunos aspectos se halla casi totalmente terminada y parece, en líneas generales, estar haciendo una demostración práctica de que es, ciertamente, una tarea que bien valía la pena de ser acometida?

Lo que ha venido a suceder no es más, en realidad, que otra fase de un proceso que tiene ya larga y, sobre todo, nutrida historia. De un proceso que pasó o se hizo pasar por situaciones que lo mismo se puede definir de críticas que de prueba, una prueba más, en verdad, de que el interés real de la Gran Bretaña no estaba en la Europa de los Seis.

Acontecimiento sensacional, en cierto modo, fue la coincidencia de las negociaciones en curso para la entrada de la Gran Bretaña en la C. E. E., ahora confiadas a Edward Heath, el actual jefe de la oposición en la Cámara de los Comunes, con la conferencia de Nassau, en diciembre de 1962, cuando se cerró un trato que parecía ser la demostración incontrovertible de que la Gran Bretaña seguía teniendo como nota fundamental de su política exterior

la «posición especial» que ocupaba en relación con los Estados Unidos. No sólo en cuestiones monetarias, como confirmaba el hecho de que la libra y el dolar fuesen las únicas divisas de reserva del sistema monetario internacional, sino en todo lo demás de auténtica importancia internacional. Empezando, sin duda, por la estrategia militar que en Nassau confirmó que más de una «posición especial», de lo que se trataba era, sencillamente, de confirmar un estado de relaciones entre Londres y Washington que para todo lo relativo a consideraciones prácticas hacía que la primera de estas dos capitales estuviese ya enteramente a merced de la segunda. Sin aquel acuerdo—sin aquella aceptación, en realidad, de la decisión unilateral norteamericana de interrumpir los trabajos de desarrollo del proyectil *Skybolt*, que había sido convertido en una de las piezas básicas de la estrategia militar británica del período de transición de la era del avión a la del proyectil balístico—nunca se podría comprender bien aquel veto del presidente De Gaulle, del mes siguiente, ni, por supuesto, la firma del Tratado francogermano, que parecía llamado a consolidar y reforzar políticamente todo lo que económicamente se estaba preparando dentro de la C. E. E.

\* \* \*

En el curso de aquella misma conferencia de Prensa en que se anunció el primer veto del general De Gaulle a la entrada de Inglaterra en la C. E. E., en las condiciones y circunstancias que entonces parecían prevalecer, dijo también:

«Se ha de reconocer que la entrada de la Gran Bretaña primero, y después de otros países, alterará enteramente todos los arreglos, *ententes*, compensaciones, reglas, que han sido establecidos ya entre los Seis, porque todos esos Estados, como Inglaterra, tienen particularidades muy importantes. En ese caso tendríamos otro Mercado Común, cuya construcción necesitaría uno contemplar. Es posible que un día Inglaterra consiga transformarse lo suficiente para llegar a ser una parte de la Comunidad Europea, sin restricciones o reservas y con preferencia a todo lo demás, en cuyo caso los Seis le abrirían la puerta y Francia no se opondría a ello.»

Ese momento no parece haber llegado, sin embargo. Ni está siquiera a la vista. El general De Gaulle cree, en cualquier caso, que no ha llegado. Y los hechos, tal y como se han desarrollado hasta ahora, parecen darle la razón. En cuya circunstancia, ¿por qué se ha de considerar anormal que Francia

vacile, según las palabras de Hervé Lavenir (presidente del Centro de Estudios y de Acción Europeos), antes de permitir la entrada de la Gran Bretaña en la C. E. E. sin garantías previas? No deja de ser curioso o llamativo que frente a esa actitud se tropiece con otra, la de «algunos de nuestros asociados, que encuentran normal el oponerse a la candidatura de España o de Austria, que también son, por lo menos, europeos como la Gran Bretaña; de dirigir sus votos a la Europa tecnológica o aeronáutica, sin dejar por ello de negarse a comprar con preferencia materiales europeos; de hacer alarde de la solidaridad europea, sin dejar por ello de hablar del «justo retorno» y de exigir que les lleguen, de los fondos europeos, tanto como ellos les destinen en forma de aportaciones; de posar como campeones de la Europa política después de haber, sin justificación seria, rechazado el plan Fouchet; de invocar la grandeza de Europa sin dejar de prestarse a (la creación de) un Yalta atómico; de hablar todavía de Comunidad, pero negándose, para empezar; a discutir, ante todo en el seno de esta Comunidad, entre asociados, sobre la admisión eventual de un nuevo miembro...»

La forma, la actitud, el estado de ánimo de la Gran Bretaña oficial en el momento de iniciar, por segunda vez, la peregrinación por las capitales de la Comunidad Económica Europea, aunque con ciertas diferencias en relación con la primera, en que Harold Wilson y George Brown, su ministro de Asuntos Exteriores, viajaron juntos para que en la segunda lo hiciese Mr. Brown solamente, y en la que París ocupó un lugar especial en el itinerario, del que fue después eliminada, hace pensar otra vez en que tan importante por lo menos como conseguir la admisión de la Gran Bretaña en la C. E. E. podría ser el destruirla en el caso de que ya no quedase posibilidad alguna de introducir en ella hondas y anchas reformas.

Ante la perspectiva o la posibilidad de que lleguen a salir consecuencias graves, quizá catastróficas, de un enfrentamiento que busca, parece evidente, el conflicto, el choque entre miembros de la C. E. E., en unas circunstancias tan especiales como estas de ahora, a continuación de la devaluación de la libra y las medidas adoptadas para la defensa del dólar, acaso resulte irresistible la tentación de preguntar por qué, en la preparación de un libro, *The European Common Market and Community*, que es una colección de declaraciones y documentos diversos que muestran cómo la C. E. E. se fue formando, y para el que se tomó como punto de partida un memorable discurso de Churchill, pronunciado en Zurich, en 1946—se le describe como de interés

para los estudiantes de la historia moderna, ha sido preparado por Uwe Kitzingir, del Nuffield College, Oxford, y publicado por Routledge and Kegan Paul—, se ha podido pensar, para incluirlo, en el discurso que pronunció, a fines de 1963, una figura que sólo por esta razón ha podido llamar alguna atención más allá de un ambiente puramente local, el de Oxfordshire, donde alcanzó el cargo de *High Sheriff*, algo así como primer alguacil. En ese discurso que ha llegado a tener la honrosa categoría de un documento histórico, el señor Mason—ése es el nombre de un anterior *High Sheriff* inglés—dijo:

«La idea en sí (de la entrada de Inglaterra en la C. E. E.) parece estar asentada en calculadas malas interpretaciones fundamentales.» Porque, preguntó, ¿con quién se van a aliar los ingleses, o, por mejor decir, a quién se van a someter? Para que las cosas no sean objeto de nuevas y malas interpretaciones, presentó en seguida una definición resumida de los países a quienes la Gran Bretaña parecía sentir la necesidad de estar asociada. Así:

«Francia: Nuestro enemigo desde que Inglaterra es Inglaterra...; un país que—como una pequeña isla situada a poco de nuestras costas—hemos derrotado invariablemente...; un día madre de nuestra civilización. Hoy, el prostíbulo del mundo.»

«Alemania: Inventada hace sólo un centenar de años... (con) buenos soldados que siguen a malos jefes. Ha hecho buenos inmigrantes norteamericanos.»

«Holanda: Honrada y lenta y que come con exceso. Devastadoramente escindida por la religión.»

«Italia: Hábiles artesanos, hábiles artistas, buenos camareros, mujeres hermosas...; hombres pequeñitos, terriblemente ansiosos de evitar el ser golpeados o pateados.»

«Bélgica: Una pequeña marca dividida en dos partes, con cada una odiando las entrañas de la otra...»

«Luxemburgo: ¿Quién demonios ha podido oír hablar de ese nombre?...»

Esos son, en fin, los países asociados en el Mercado Común Europeo del cual Inglaterra ha solicitado ser miembro y en el que algunas personas, que Mr. Mason aseguró conocer, creen firmemente. Incluso personas que ha tenido por muy inteligentes. Como Harold Macmillan. «Lo he conocido—añadió—por espacio de treinta años y nunca pensé que pudiese ser tonto hasta el año pasado (1962), poco más o menos.» Es decir, hasta que se le ocurrió dar

JAIME MENÉNDEZ

comienzo a las negociaciones que desembocaron en el veto del general De Gaulle.

En fin, llegó a decir: «Nuestra fuerza viene de que somos una isla. Ojalá continuemos siéndolo. Sería mi deseo que el Atlántico tuviese 10.000 millas de ancho y que Inglaterra se encontrase en el medio.»

JAIME MENENDEZ.